

## **Tecnocracia, resistencias y opiniones respetables en la evaluación de la actividad docente universitaria.**

Joaquín Paredes  
Profesor Titular de Escuela Universitaria  
Departamento de Didáctica y Teoría de la Educación  
Facultad de Formación de Profesorado y Educación.  
Universidad Autónoma de Madrid

Hay lecturas sobre las que es difícil quedar indiferentes. Así ocurre con el trabajo del Profesor Vallverdú titulado "Buenos profesores vs. profesores bien valorados. El tribunal de las encuestas en la Universidad".

Es un trabajo que refleja la opinión del autor, compartida por una mayoría silenciosa de colegas docentes universitarios, sobre el tema de la evaluación del profesorado en la Universidad.

En las secciones de educación de la prensa diaria se pueden encontrar reflexiones de parecido calado, y en este trabajo se ha utilizado la hemeroteca al respecto, lo que ordena el pensamiento, que no es poco.

Leyendo al Profesor Vallverdú se tiene la sensación de que en la Universidad se practica una enorme broma, sobre la que itera este colega, si no fuera por los dramáticos efectos que el trabajo enuncia con esta evaluación que se practica, como son, creo entender, los siguientes:

Los mecanismos económicos menoscaban el imperio de la ciencia: el imperativo de la moda en la educación, valores asociados (juventud, simpatía, relación, comunicación), así como la clase como escaparate y el alumno como cliente.

La injusticia en el peso de los resultados de la evaluación según centro universitario.

La perversión en los fines de la ciencia aplicada que debe ser la evaluación.

Los efectos de la evaluación de los alumnos en la situación laboral, salario, plus, contrato, carrera y prestigio del profesor; peligrosa descapitalización del profesor, docencia penalizada.

Una evaluación con tales efectos socava los principios de la docencia, pozos y puntales

sobre los que se abunda en comentarios a lo largo del artículo y que sintetizo:

La ciencia tiene soluciones adecuadas. La ciencia universitaria tiene asignaturas hueso y maría.

La Universidad ofrece la máxima capacitación posible, tiene cupos y es un filtro, aunque determinadas profesiones no pagan sus errores.

Hay secuencias correctas y esperables del ejercicio docente: clases y exámenes, notas (suspense); programa, bibliografía, actividad complementaria, examen. Contravalor de la clase: exposición facilona, dictado de apuntes, investigación en la clase. Contravalor del examen: examen no discriminante, insinuación de preguntas del examen, ayuda en el examen, calificación benevolente.

Perfil del buen profesor: bueno, explica, da enfoque, profundiza, precisa, es independiente, no confraterniza, mantiene posiciones, toma decisiones, cumple.

Valores del universitario (y del profesor): esfuerzo, sacrificio, obligación, inversión de tiempo, renuncia, autenticidad, fuerza de voluntad. Valores que no son del universitario (ni del profesor): comunicativo, cómplice, permisivo, lúdico, jocoso, simplificador, cortoplacista, parcial, superficial, simpático, banal, del mínimo esfuerzo, que repudia de teoría, vocinglero, dicharachero, con grajejo, agradable.

Pues bien, como los antropólogos y los sociólogos han señalado, se percibe una amenaza sobre las certidumbres que sobre la profesión de docente (universitario) y, en particular, sobre ciertas esencias de la Universidad tienen una parte de los colegas. Esta amenaza se manifiesta ahora con las evaluaciones, mañana con los cambios de

planes de estudio y pasado con la nueva metodología que anuncia el Espacio Europeo de Educación Superior.

Quiero decir que, desgraciadamente, la evaluación que realizan los alumnos es una amenaza más. Por lo que la evaluación, siempre a juicio de Vallverdú, no es una experiencia aprovechable.

Como no hay alternativa a la amenaza, se propone volver a las esencias de la profesión docente que se han exhibido hasta ahora, se propone pues sostener las certidumbres que han forjado la manera de conducirse los profesores universitarios en su profesión, sostenerse en ellas y sostener las de otros.

No es otra cosa la que se mantiene hasta aquí, y que concuerda con la investigación (por ejemplo Hargreaves): cuando se están socavando las certidumbres (ocurre también para otros profesores en otros niveles educativos) la literatura señala que los docentes expresan resistencias. Digamos, de paso, que aquella reforma contaba con tales resistencias.

Sin embargo, ¿cabría valorar estas resistencias como algo negativo? ¿Son una mera negación de modernidad, si la modernidad fuera el contravalor deseable no se sabe bien por quién para la Universidad española?

Pues, y aquí lo que a mi juicio es la principal virtud de éste y similares artículos, esta resistencia argumentada parece que es una resistencia al papanatismo, cuestión ya señalada en la literatura sobre resistencias. Porque no toda reforma, como la que se configuró con el RD 1086/1989 para valorar la actividad docente universitaria, está bien diseñada ni se ha valorado su alcance en la vida de organizaciones vivas como las universidades, y el Profesor Vallverdú lo expresa en voz alta, aquello que otros muchos colegas dicen sólo en sus despachos. Es un mecanismo parcial e incompleto de mejora, pensado para individuos cuando convienen acciones paralelas en los Departamentos, las Facultades y las Universidades. Es una medida individual para una tarea que se construye colectivamente, como ocurre con normas, hábitos, valores y

procedimientos acrisolados de la práctica educativa.

Es más, y sin ánimo de abrir un foco de discusión nuevo, aquella reforma fue un ejemplo de los preparativos del asalto del enfoque tecnocrático-eficientista con el que se ha arrasado el sistema educativo público durante la década de los noventa y en 2000.

Ahora bien, manifestada nuestra común abominación del papanatismo, ¿convienen entonces mecanismos de mejora en la actividad docente universitaria? Incluso, ¿es mejorable esta actividad? Llegando a la raíz, ¿qué tipo de vida académica deseamos que vivan los alumnos? La respuesta que resulta del trabajo del Profesor Vallverdú para las dos primeras preguntas es que no, que lo que hacen falta son profesores cuya naturaleza sea la idónea. Para un análisis de esta posición sólo remitiremos al clásico de Ángel Pérez Gómez y José Gimeno (1989) sobre paradigmas contemporáneos en investigación didáctica, y sus reflexiones sobre el primero de ellos, el insostenible profesor con valores immanentes.

Ciñéndonos entonces al aspecto de la evaluación, y conviniendo con el autor que poner bases para la evaluación de la actividad docente requiere más consideraciones que la de un instrumento contestado por alumnos y el acto de rellenarlo, esbozemos tales bases y remitamos al lector interesado a la abundante literatura sobre el tema.

No es un problema de validez y fiabilidad de instrumentos, es un problema de sentido y alcance del trabajo emprendido en las Universidades. Tampoco se trata ahora de plebiscitar el trabajo (tal y como se vaticina en el artículo; por cierto, conviene una revisión de Senge (1992), que se manifiesta en parecidos términos en su diagnóstico sobre la influencia de la comunidad en los centros educativos pero ofrece soluciones bien distintas), se trata de hacer explícitos hoy los significados de los aspectos de la docencia que cristalizaron ayer en rutinas e imágenes mentales de los padres de los alumnos que llegan a las aulas. Son precisamente esas imágenes mentales las más peligrosas enemigas de la ciencia, allí donde se da por sentado lo que no deja de ser una explicación provisional del estado de un problema. Y son los padres de esos alumnos, con opi-

niones, y los propios alumnos que escuchan las respetables opiniones de quienes vivieron hace demasiado tiempo la realidad académica, quienes con mayor fuerza difunden estereotipos sobre lo esperable de la vida universitaria.

Porque a fuerza de disfrutar de alumnos que aprendían por sí solos la naturaleza del ser universitario, quizá olvidamos que los valores, normas, hábitos y formas de trabajo universitarias no se aprenden por mera observación de pares más mayores, por poner por caso, sino mediante un trabajo cotidiano cuyo sentido también debemos explicar a nuestros alumnos, una parte más del camino a la ciencia.

Enseñar a valorar entonces el sentido de lo que hacemos en las aulas universitarias puede ser una parte de la formación que propiciamos. La evaluación del proceso (y no de un supuesto resultado) en varios momentos del mismo (no uno final) quizá ayude en nuestra tarea, a los alumnos sobre sus errores en el proceso de aprendizaje y a los docentes sobre los errores al abordar los problemas científicos que trabajamos, y a ambos a hacer ciencia.

Esta forma de trabajar tampoco convence al Profesor Vallverdú, a tenor de su reflexión

sobre la posibilidad de investigar en las aulas. Edgar Morin, Luis Díaz Godino, André Giordan, Gabriel Travé, Rafael Porlán, José Manuel Sánchez Ron y otros quizá puedan ilustrarnos al respecto.

Éstas no dejan de ser algunas bases para una evaluación en la actividad docente en la Universidad. Hay una abundante literatura científica, desgraciadamente poco divulgada a tenor de la persistencia tanto de este estado de opinión como de prácticas tecnológicas –otra vez– acrisoladas. Un repertorio para la ocasión puede ser el excelente Boletín Documental del Departamento de Análisis y Planificación de la Universidad Complutense de Madrid de junio de 1998 ([http://www.ucm.es/info/DAP/pr2/3\\_ibyd/3\\_06\\_dc/3\\_06\\_marco.htm](http://www.ucm.es/info/DAP/pr2/3_ibyd/3_06_dc/3_06_marco.htm)). Este Departamento tiene sus homólogos en gabinetes de estudio de otras universidades donde también se pueden encontrar referencias sobre la educación superior, con investigación sobre la realidad educativa a la que hemos hecho referencia. Para evitar una lógica, esperable, desgraciada y atroz resistencia. Para evitar más papanatismo pseudocientífico. Para repensar la práctica. Para dejar las opiniones respetables donde deben estar, en la plaza.

## REFERENCIAS

Gimeno, J. y Pérez Gómez, A. (1989): *La enseñanza: su teoría y su práctica*. Madrid: Akal (3ª ed.)

Senge, P.M. (1992). *La quinta disciplina, el arte y la práctica de la organización abierta al aprendizaje*. Buenos Aires: Granica